

VIGENCIA Y POTENCIALIDAD DEL PENSAMIENTO DE ANTONIO GARCÍA*

Por Julián Sabogal Tamayo**

INTRODUCCIÓN

He venido investigando, desde hace varios años, el pensamiento de Antonio García, a mi entender, el pensador colombiano más importante del siglo XX. Como resultado de este trabajo he escrito un libro, que aspiro a publicar muy pronto, en este momento el libro se encuentra en manos de los discípulos de García, José Consuegra Híggins y Raúl Alameda Ospina, este último secretario perpetuo de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas. En congresos anteriores he compartido algunos de los resultados de la investigación; en el Foro Mundial sobre América Latina y el Caribe, llevado a cabo en Moscú a mediados del año 2001, presenté una ponencia sobre la vida y la obra del maestro, material correspondiente al primer capítulo del libro mencionado y en el I Congreso Internacional de Pensamiento Latinoamericano, que tuvo lugar hace un año, presenté una ponencia sobre los aportes teóricos y metodológicos de García, con el contenido correspondiente al segundo capítulo, y en esta oportunidad quiero compartir con ustedes los planteamientos correspondientes al cuarto y último capítulo, donde me propongo reflexionar sobre los aspectos del pensamiento de Antonio García que han perdido su vigencia, los que

* Ponencia presentada en el II Congreso Internacional de Pensamiento Latinoamericano

** Director del Sistema de Investigaciones de la Universidad de Nariño. Profesor Titular del Departamento de Economía de la misma Universidad.

permanecen vigentes y las potencialidades que ofrece dicho pensamiento a los latinoamericanos para continuar elaborando propuestas alternativas para nuestros pueblos.

García, como ustedes seguramente recuerdan, vivió entre 1912 y 1982. Su producción intelectual fue muy prolífica y ninguno de los campos de la actividad intelectual le fue ajena, fue una especie de intelectual orgánico. Podemos resumir su actividad en los siguientes aspectos: su lectura crítica de los pensadores europeos, pocos latinoamericanos han criticado con tanta autonomía de pensamiento a los creadores de teorías universales; una propuesta teórica y metodológica de comprensión de la historia y la sociedad latinoamericanas; unas estrategias de transformación de la realidad, en procura de una sociedad alternativa y la creación de una organización política, que fuera capaz de conquistar el poder y llevar a la práctica las estrategias propuestas. Su producción está escrita en más de ochenta libros, de los cuales un buen porcentaje aún continúan inéditos. Antonio García es el fundador de la carrera de economía en Colombia, en el Instituto de Ciencias Económicas, creado en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, en 1943, donde se graduaron los primeros economistas del país en 1948. También fue el creador y líder del Partido Socialista Colombiano.

VIGENCIA

Tomo la vigencia del pensamiento de Antonio García en el sentido en que lo plantea el filósofo colombiano Darío Botero Uribe:

A mi juicio, el interés de examinar la obra de un pensador del pasado, reside solamente en la posibilidad de hacerlo comparecer al presente, para saber qué nos puede decir aún:

Estamos obligados a leer críticamente a todos los pensadores, sobremanera a los del pasado. Un pensador solo puede ser totalmente vigente para su contemporaneidad. Simplemente, que el saber es histórico. Pero hay una conciencia excedentaria en todo gran pensador, que no se agota en la finitud, sino que tiene una pervivencia transhistórica. Esta es, en realidad, la medida de los grandes pensadores¹.

Con esta mirada, podemos encontrar en García varios planteamientos, cuya vigencia ha sido históricamente superada y otros que se deben tener en cuenta, bien sea con el mismo sentido que les dio su autor o con los replanteamientos que las circunstancias históricas exijan.

Entre las ideas formuladas por García, que han sido, al menos parcialmente, superadas por la historia, está su propuesta socialista. Con el fracaso del *Socialismo Real* del oriente de Europa, no murió la utopía de construir una sociedad más justa, pero sí la ilusión de que bastaba para ello con la toma del poder político y la supresión formal de una forma de propiedad. Por supuesto que el sueño de una sociedad socialista mantiene su vigencia, puesto que los problemas sociales identificados por los pensadores socialistas de todos los tiempos se mantienen presentes y

la solución de los mismos continúa en espera. Pero, esos mismos problemas necesitan hoy propuestas de solución renovadas y, por tanto, el pensamiento socialista del siglo XIX y buena parte del XX debe ser sometido a crítica, debe ser repensado.

Otro aspecto del pensamiento de García, que vale la pena reconsiderar, es su visión del desarrollo. A pesar de que su concepción orgánica de la realidad social le permitía una comprensión más amplia del desarrollo, superior a la estrecha identificación de este con el crecimiento, sin embargo, no escapa al pensamiento de su época en el sentido de identificar desarrollo con industrialización capitalista. Ya a finales del siglo XX se empezó a poner en duda la aspiración a la industrialización capitalista, como alternativa única de progreso, para los países llamados subdesarrollados.

Pero son muchos, en cambio, los aportes del pensamiento de Antonio García que, no solo no pierden vigencia, sino que cada vez la adquieren en mayor medida. El más importante de tales aportes, a mi modo de ver, es su invitación a pensar la realidad latinoamericana desde América Latina, a la luz de un pensamiento propio. Con el planteamiento de que la creencia en una ciencia económica y, en general, unas ciencias sociales absolutamente universales es no solamente un mito, sino un mito peligroso, nuestro pensador mostró su catadura de visionario. Finalizando el siglo XX hizo crisis el paradigma positivista de la universalidad absoluta de las ciencias sociales. Y cada vez queda más claro que las pretensiones de pensamientos únicos universales, como el

neoliberalismo, por ejemplo, son altamente nocivas para los países latinoamericanos.

Indisolublemente ligada al pensamiento propio está su propuesta metodológica. Esta propuesta adquiere también mayor vigencia cada día. La visión orgánica de la realidad social, propuesta por García, implica necesariamente la superación de las abstracciones simplificadoras, de las limitaciones disciplinares y, por ende, niega las posibilidades de las fórmulas universalizantes elaboradas en los países centrales, que pretenden validez para todas las realidades particulares. En la segunda mitad del siglo XX se vino desarrollando la visión sistémica de la realidad y luego aparecieron los planteamientos de pensamiento complejo, como el de Edgar Morin. Esa propuesta metodológica permite el conocimiento tanto de la historia como de la realidad económica y social de América Latina en sí misma; esta es la única manera de descubrir en esta parte del mundo las particulares complejidades sociales, condición *sine qua non* para encontrar alternativas de desarrollo.

Hoy, medio siglo después de que García llevara acabo sus razonamientos metodológicos, éstos continúan, en lo fundamental, en espera de que los estudiosos de la realidad latinoamericana, sobre todo quienes se proponen transformarla, recojan esa herencia y la conviertan en su herramienta de análisis.

No hay duda de que una de las debilidades en los análisis de la realidad latinoamericana, tanto de los pensadores de derecha como de los de

izquierda, radica en el método. Tanto los unos como los otros, en su mayoría, han simplificado la realidad a la luz de las formulaciones abstractas de los teóricos europeos de sus preferencias. Los marxistas, por ejemplo, han trasladado mecánicamente a la realidad latinoamericana del siglo XX los descubrimientos hechos por Carlos Marx para la realidad inglesa del siglo XIX.

Otro aporte de García que mantiene su vigencia es su interpretación de la historia y la realidad social latinoamericana. Tal interpretación, hecha a la luz de su método, indica que la historia latinoamericana no es un reflejo de la historia europea, sino que tiene sus propias particularidades.

Una categoría de mucha importancia que plantea Antonio García es la de *formas económicas mestizadas*. Las formas económicas, las relaciones de producción, que se constituyeron en América Latina no fueron las mismas que trajeron los conquistadores españoles ni tampoco las nativas, sino una mezcla, una hibridación entre unas y otras, lo cual produjo como resultado un tipo de relaciones de producción nuevas, diferentes a las que les dieron origen.

No pretendo negar que, en lo esencial, en el nuevo mundo hayan surgido relaciones de producción de tipo capitalista, pero sus formas son diferentes. Y no es suficiente el conocimiento de las abstracciones esenciales para dar razón de un fenómeno; tanto el método dialéctico de Marx, como el orgánico de García aconsejan llegar hasta el conocimiento de la complejidad concreta.

Por relaciones capitalistas, en lo esencial, estoy entendiendo la transformación del dinero en capital. Transformación que tiene lugar en el mismo campo de la circulación:

El capital procede en un principio de la circulación, y concretamente tiene al dinero como punto de partida. Hemos visto que el dinero que entra en la circulación y a la vez de ella vuelve a sí, constituye la última forma de la negación y superación del dinero ².

Aquí se está hablando del capital, sin tener en cuenta aún sus particularidades históricas o geográficas. Es el capital recién nacido, como una transformación del dinero. Es el dinero que, en determinadas condiciones, se niega a sí mismo para hacerse capital.

El capital es dinero evolucionado. Tanto el dinero como el capital son valor de cambio, pero se encuentran en dos grados evolutivos diferentes. En la producción mercantil simple, el valor de cambio es solamente la etapa final de un proceso de producción, digamos que los productores cambian la parte excedente de su producción, o sea que solo esta parte toma la forma de valor, en tales condiciones el dinero no es más que dinero. Pero, llega un momento en el cual el valor de cambio se generaliza, es el momento cuando un grupo de propietarios de dinero se dedica únicamente al cambio de productos, a comprar para vender; en este caso el valor de cambio somete a los procesos productivos a su mandato, los productores tienen como fin alimentar el mercado: el dinero

es capital. En estas nuevas condiciones, el dinero adquiere vida propia y se sitúa en la circulación para nunca más retirarse de allí. Esas condiciones, por supuesto, se dieron en América Latina y por tanto esta parte del mundo entró a formar parte del sistema capitalista mundial.

El problema está en que quienes estudian la historia y la realidad social y económica de América Latina con ojos europeos simplifican de tal manera el fenómeno que terminan por tratar las totalidades como idénticas, a partir de la identidad de las esencias. Con esa visión, basta identificar el carácter capitalista tanto de la economía latinoamericana como de la europea para suponer que se está ante realidades idénticas. De allí suele pasarse a trasladar a la realidad latinoamericana los resultados obtenidos por los pensadores europeos para su propia realidad. Ahí aparece la falacia.

Una primera diferencia importante, entre los capitalismo del nuevo y el viejo mundo, está en el punto de partida para la formación de las relaciones de tipo capitalista. En Europa las relaciones capitalistas de producción nacen en el seno de las relaciones de tipo feudal.

La historia de la propiedad de la tierra –que muestra la transformación paulatina del landlord feudal en el arrendador rural, del arrendatario vitalicio, asentado hereditariamente, semitributario y a menudo privado de libertad, en el moderno farmer, y de los siervos de la gleba y campesinos sujetos a prestaciones en jornaleros agrícolas- serían de hecho la historia de la formación del capital moderno³.

Para nuestras condiciones, no existieron ni señores feudales ni siervos, que pudieran dar lugar a dos clases del nuevo modo de producción. Además, la fábrica que sintetiza las relaciones capitalistas de producción en Inglaterra, es el fruto de un proceso “natural” de ascenso desde la cooperación capitalista simple hasta la aparición de la máquina y con ella la gran industria. En otras palabras, el anterior es el proceso que conduce a la revolución industrial inglesa. En América Latina no tuvo lugar ni lo uno ni lo otro. A este nuevo mundo, la cara capitalista de las formas económicas les llegó de Europa, fundamentalmente a través del comercio.

En el nuevo mundo, la economía no siguió el camino “natural” como lo hizo en Europa. La llegada de los europeos al nuevo mundo significó un choque de formas productivas, que condujo al nacimiento de formas nuevas y diferentes.

Esa diferencia en las dos historias no ha sido tenido en cuenta por los historiadores de mirada europea. Es el caso de los economistas liberales del siglo XIX, seguidores de los clásicos, tipo Florentino González⁴. Incluso, puesto que tampoco es una historia comparable a la del capitalismo alemán, falló también el maestro Antonio García al insistir en que el camino latinoamericano podía ser similar al de la Alemania del siglo XIX.

Después de la independencia de España, en el siglo XIX, los ingleses les imponen a las nuevas Repúblicas su política de libre cambio, con lo cual se frustró en estas, en competencia desigual, los intentos de desarrollo industrial. En Latinoamérica, los ingleses no chocaron con la resistencia teórica que encontraron en Alemania, donde no penetró libremente su pensamiento librecambista. En América Latina, por el contrario, desde un inicio los ideólogos que acompañaron a los detentadores del poder fueron fieles seguidores del pensamiento europeo de mediados del siglo XIX, fundamentalmente el librecambismo inglés. A manera de ejemplo, veamos una opinión de un influyente intelectual colombiano de esta época. Se trata de Florentino González, quien en su informe como Secretario de Hacienda de la Nueva Granada, ante las Cámaras Legislativas, en 1847, decía lo siguiente:

En un país rico en minas y en productos agrícolas, que pueden alimentar un comercio de exportación considerable o provechoso, no deben las leyes propender a fomentar industrias que distraigan a los habitantes de las ocupaciones de la agricultura y minería, de que pueden sacar más ventajas. Los granadinos no pueden sostener en las manufacturas la concurrencia de los europeos y de los americanos del norte...

La Europa, con una población inteligente, poseedora del vapor y de sus aplicaciones, educada en las manufacturas, llena su misión en el mundo industrial dando diversas formas a las materias primeras. Nosotros debemos también llenar la nuestra; y no podemos dudar cuál es, al ver la profusión con que la Providencia ha dotado esta tierra de ricos

*productos naturales. Debemos ofrecer a la Europa las primeras materias, y abrir la puerta a sus manufacturas, para facilitar los cambios y el lucro que traen consigo, y para proporcionar al consumidor, a precio cómodo, los productos de la industria fabril*⁵.

A diferencia de List, que desde Alemania negó la universalidad del pensamiento inglés y creó un pensamiento adecuado a las condiciones nacionales, González tomó como propio el pensamiento de los clásicos ingleses y aceptó, en consecuencia, la división internacional del trabajo, favorable a las potencias económicas de aquel momento. Se debe tener en cuenta, por lo demás, que List y González eran de la misma época (el libro de List que comentamos fue publicado en 1841 y el comentario anterior de González, de 1847). Los pensadores latinoamericanos, infortunadamente, han sido siempre mayoritariamente, y lo siguen siendo, más imitadores de pensamiento ajeno que creadores originales; la originalidad de pensamiento en nuestro medio es una actitud de minorías.

En América Latina, a diferencia de Inglaterra, tuvo lugar una convivencia en paralelo de formas asalariadas y formas no capitalistas en los sectores fundamentales de ocupación de la población. Antonio García considera que la Colonia originó solo un capitalismo parasitario. Al respecto, dice:

Con frecuencia se olvida que la explotación colonial originó solo un capitalismo parasitario de la Metrópoli ibérica, el que ni tuvo capacidad de promover la revolución industrial con el enorme saqueo de metales preciosos realizado en las Indias, ni de desatar en éstas un proceso

generalizado de desarrollo capitalista. Los centros urbanos en los que pudo desarrollarse una verdadera burguesía y funcionar unos patrones de actividad económica regulados por unos nuevos conceptos de acumulación capitalista, fueron aquellos, como Cartagena de Indias, alimentados con el monopolio comercial en las relaciones con la Metrópoli o los que –en el siglo XVIII- operaron como nudos o plazas de intermediación del comercio clandestino con las nuevas potencias capitalistas del occidente europeo⁶.

La condición fundamental del establecimiento del capital, bien sea espontáneamente como en Inglaterra o con el apoyo del Estado como en Alemania, es la derrota de las formas de producción no capitalistas, con lo cual se expropia a los pequeños productores creando simultáneamente una doble condición para el capital: fuerza de trabajo disponible para el trabajo asalariado y compradores de medios de consumo para la creación del mercado interno. Tales condiciones, como queda dicho, no llegaron a crearse en América Latina, hasta épocas muy recientes y en convivencia con relaciones de producción no capitalistas.

García, sin embargo, considera condición *sine qua non* para el desarrollo la eliminación de todo vestigio de economía *acapitalista*, incluidas por supuesto las formas mestizadas, y al generalización de la industrialización capitalista.

Con las nuevas circunstancias, que tenemos iniciado el siglo XXI, el mismo método garciista debe llevar a distintas conclusiones. En primer

lugar, la promesa socialista de que todos los problemas sociales serán resueltos con el establecimiento de la propiedad social sobre los medios fundamentales de producción y que para llegar allí se debe superar la etapa de la industrialización capitalista, ha perdido vigencia. En segundo lugar, la promesa capitalista de que la solución de los problemas humanos y sociales es un efecto del crecimiento económico, también ha caído en el desprestigio.

Estamos viviendo, a principios del siglo XXI, una encrucijada histórica de crisis no solo de paradigmas teóricos, sino también de carencia de alternativas prácticas reales; esta situación particular puede constituirse es una oportunidad para aventurarse en la búsqueda de alternativas novedosas. Una alternativa que merece ser contemplada es la de las formas económicas mestizadas, no como las entendió García, como una etapa a superar, sino como formas en sí mismas ventajosas.

Eso implica superar el complejo de inferioridad que lleva a otorgar importancia a lo foráneo y menospreciar lo propio; igualmente, implica superar la camisa de fuerza del materialismo histórico, según la cual la historia sigue siempre un camino ascendente, a pesar de los vaivenes, y que, además, ascendente significa en todo caso incremento de la productividad. En primer lugar, en la historia hay más casualidad de la que supusieron Marx o García y, en segundo lugar, mayor progreso para una comunidad puede implicar incluso disminución de la productividad.

Algunas tendencias actuales del pensamiento indican cierta superioridad de las formas complejas, sobre las simples y puras. En este sentido las relaciones de producción mestizadas serían superiores, además de auténticas, a las puramente capitalistas. Las formas mestizadas y la convivencia de formas distintas no serían ejemplos de premodernidad, sino simplemente formas diferentes con existencia propia y, quizás, para nuestras condiciones, superiores. Esta comprensión de la realidad latinoamericana solo es posible, por supuesto, a la luz de una teoría del desarrollo igualmente mestizada y compleja.

A estas alturas de la historia hay suficientes evidencias de que el capitalismo llamado desarrollado no es un modelo a imitar, por múltiples razones.

El modelo que nos ofrecen los países llamados desarrollados, no solamente destructor del entorno natural, sino que es un sistema destructor de vida humana directamente. Los datos estadísticos, a través de la historia, muestran que la tendencia del sistema es a concentrar la riqueza en pocas manos y acumular pobreza en el otro extremo. El número de pobres no solo es creciente en número de personas, sino que, al tiempo, cada persona individualmente se empobrece cada vez en mayor medida. La distancia entre los ricos y los pobres no ha cesado de crecer en los últimos dos siglos y lo seguirá haciendo sin duda en el futuro, a no ser que las relaciones cambien. Veamos las cifras. La relación entre el país más rico y el más pobre era en 1820 de tres a uno, en 1913 de once a uno, en 1950 de 35 a uno, en 1992 de 72 a uno.

Estamos en presencia de un sistema en el que un pequeño grupo de personas se empeña, con gran éxito, en disminuir las posibilidades de vida a una inmensa mayoría. Por su parte, la mayor parte de los teóricos de la economía se empeña en demostrar que se trata de un sistema propio de la naturaleza humana y que, si no es perfecto, por lo menos es el mejor de los posibles.

Infortunadamente, los optimistas se equivocaron cuando pensaron que la historia humana llevaría, *per se*, a condiciones cada vez mejores. Marx, por ejemplo, planteó que la marcha de la historia llevaría inexorablemente a una productividad del trabajo cada vez mayor y ésta, a su vez, conduciría al reino de la libertad. El crecimiento infinito de la productividad y de la producción, llevaría a la humanidad a un momento en que todos contarían con todos los medios de consumo sin mayor esfuerzo. Tuvo razón en lo primero, es decir que la productividad crece permanentemente, mas no en que tal crecimiento se convertiría en bien para el género humano.

De otro lado, el sistema socialista, como intentaron construirlo los partidos comunistas de carácter marxista, lo que podríamos llamar el sueño leninista, tampoco resultó ser una alternativa. Y, no solamente por las limitaciones que veía García en ese sistema. Él pensaba que la falla del socialismo radicaba, casi exclusivamente, en la carencia de libertad individual, en la dictadura política del partido único. El socialismo, si bien mostró ser más racional en cuanto pudo satisfacer necesidades fundamentales de toda la sociedad; en los países socialistas, los seres

humanos que vivían en la miseria física e intelectual constituían grupos numéricamente insignificantes. Pero, de otra parte, sus economías entraron en la misma competencia por el crecimiento de la producción en sí mismo; el bienestar de la población no llegó a constituirse en el objetivo esencial de dicha economía. Además, como se vino a demostrar después, resultó ser un sistema tan destructor de la naturaleza como el sistema que había reemplazado.

Podemos concluir, de los razonamientos anteriores, que ni el sistema económico existente es una alternativa válida para América Latina ni el socialismo conocido tampoco lo es. Ante tal falta de caminos, es indispensable construir caminos nuevos.

Pienso que Antonio García tiene vigencia en un doble sentido: en primer lugar, debemos tomar su tarea de elaborar una teoría anclada en las particularidades históricas y culturales de América Latina y, en segundo lugar, retomar su propuesta de método orgánico y enriquecerla con los aportes contemporáneos del *Pensamiento Complejo* y del saber ancestral latinoamericano. La superioridad de las formas complejas sobre las simples es un concepto de estirpe hegeliana y marxista, que adquiere nueva vigencia. Éste pensador planteaba que tanto en la ciencia como en la historia lo complejo es lo más desarrollado. Estas son sus palabras al respecto:

En la evolución de la ciencia esas determinaciones abstractas son las primeras en aparecer y las más pobres, tal como también ocurre, en parte, históricamente; lo más desarrollado es lo posterior⁷.

Las formas económico-sociales mestizadas, estudiadas por García, deben entenderse como formas propias de América Latina y no como simples formas atrasadas. No se trata de formas precapitalistas, llamadas a desaparecer bajo la presión de las relaciones capitalistas de producción, sino de formas apropiadas que pueden y deben permanecer con su propio lugar en la historia de estas sociedades. Se trata de formas nuevas, surgidas en el nuevo mundo, que transformaron las existentes antes de la llegada de los europeos y resistieron transformándose las formas capitalistas importadas.

Pienso que no hay razón para esperar que en América Latina las formas superiores sean las formas capitalistas puras, simplificadas. Además, no compartimos el planteamiento del materialismo histórico marxista que, en última instancia, convierte al ser humano en simple observador histórico de procesos sociales y económicos, tan inexorables como los naturales. Estamos suponiendo, en cambio, que las comunidades pueden construir consensos y llevarlos a la práctica, si van a redundar en su propio beneficio.

Hay que reconocer que la producción capitalista es la dominante en América Latina y la que mejor responde a las exigencias de la globalización, en su variante contemporánea; pero no es menos cierto que

el capitalismo no proporciona las mejores condiciones de vida a la mayor parte de la comunidad. Es decir, la vía capitalista de desarrollo no es la única, ni la deseable para los latinoamericanos.

Nos separamos, por supuesto, de la concepción de desarrollo que lo limita al crecimiento económico o al campo de lo económico. **Entendemos por desarrollo un proceso de construcción colectiva de condiciones de vida razonablemente deseables, para la mayor parte de los integrantes de la comunidad.** La globalización, por su parte, no debe ser entendida, o por lo menos no debe ser aceptada, como un proceso dirigido por los grandes capitalistas modernos, que arrasa con todo aquello que se sitúa por fuera de sus deseos. Las comunidades, nacionales o locales, tienen el derecho, o deben luchar por adquirirlo, a decidir su forma de entrar en la globalización.

Una alternativa para el desarrollo en América Latina podría ser la convivencia de los distintos sectores, grupos sociales o tipos de producción y de propiedad, en condiciones aceptables para cada uno de ellos. **En otras palabras, la convivencia de diferentes racionalidades.** La alternativa de eliminar la clase social propietaria de los medios de producción, para crear una sociedad monoclásista, demostró no ser históricamente viable. De otra parte, una sociedad como la actual, donde el interés exclusivo es la rentabilidad del capital, que condena al hambre y, finalmente, a una muerte prematura a la mayor parte de la población, tampoco es viable, en el largo plazo. Una alternativa posible es la

convivencia de diferentes grupos sociales, con condiciones aceptables de vida, garantizadas por un Estado que los represente a todos.

La convivencia de diferentes grupos sociales, lo es también de distintas formas de propiedad y, en última instancia, la convivencia de distintas racionalidades económicas. Cada forma económica, o sea, cada forma de propiedad tiene su propia racionalidad. Se trataría de la existencia simultánea, de la convivencia, de esas racionalidades distintas lo que podría proporcionar mejores condiciones de vida, en un estado de dignidad humana; es la convivencia, en últimas, de comunidades con intereses, niveles, costumbres y aspiraciones diferentes.

Examinemos con algún detalle las racionalidades de los distintos tipos económicos. Las relaciones capitalistas de producción tienen como fin último la rentabilidad. En su primera fase se trataba de producir mercancías portadoras de trabajo excedente, de tal manera que la búsqueda del incremento de la relación entre trabajo excedente y trabajo necesario era la razón de ser del sistema. En la época actual, de globalismo neoliberal, es la rentabilidad del capital financiero el propósito exclusivo del sistema, pero el cumplimiento de ese propósito implica someter a condiciones de miseria a los no propietarios de esta forma de capital, a veces a países enteros.

La producción mercantil individual tiene otra racionalidad, el fin consiste en la venta de las mercancías portadoras del trabajo personal; la realización de este fin no implica detrimento de condiciones de vida de

otros productores ni, mucho menos, de los no productores. Las relaciones económicas se establecen en la esfera del cambio y pueden tener un carácter de mutuo beneficio.

La forma cooperativa de producción tiene también su propia racionalidad, el fin no es la rentabilidad o la utilidad individuales y, por tanto, entran en juego otros factores o componentes como la solidaridad, la cultura, etc.

Por su parte, las formas mestizadas de producción económica conllevan racionalidades novedosas, que aún no han sido suficientemente estudiadas.

Los más caracterizados teóricos de la ciencia económica, desde los clásicos, han insistido en que el ser humano es egoísta por naturaleza y, por tanto, la mejor forma de organización económica es aquella que permite desplegar la naturaleza egoísta: la competencia. Es verdad que el egoísmo es propio de la naturaleza humana, pero también lo son la solidaridad, el amor, etc. La historia cuenta con suficientes ejemplos de actuaciones basadas en principios diferentes al egoísmo, empezando por los primeros cristianos, siguiendo con todos los hombres y mujeres que han luchado por la independencia de sus pueblos, etc. De la misma manera que el mercado es la forma ideal para que los humanos desplieguen su egoísmo, deben existir otras formas económicas en las cuales los humanos puedan desplegar otras de sus cualidades también naturales. **El hecho de que hasta hoy no hayamos encontrado tales**

formas, no es suficiente prueba de que ellas no puedan llegar a existir.

En el modelo propuesto tienen oportunidad todos los sectores de una comunidad, sin que las relaciones económicas existentes privilegien los intereses de un grupo social determinado. Se diferencia de las posiciones ideológicas tradicionales, en que estas privilegian los intereses de un grupo o clase social. La posición burguesa o capitalista privilegia los intereses exclusivos de los propietarios del capital; se produce solamente aquello que aporta ganancias, sin importar las necesidades del conjunto de la sociedad. Incluso, hoy en día, con el dominio del capital financiero sobre todas las formas restantes, se tiene como finalidad exclusiva la rentabilidad sin importar que no se produzca ningún tipo de bien o servicios, ninguna clase de valor de uso, es decir, sin prestar servicio social alguno. El fin último es socialmente inútil.

De otro lado, la posición comunista representa exclusivamente los intereses de la clase obrera. Además del exclusivismo, hay que tener en cuenta que esta clase no solamente es cada vez relativamente menos numerosa, sino menos importante para el sistema productivo; no quiero decir que no sea importante, sino que es relativamente menos significativa, como es natural con el aumento de la productividad del trabajo. La contradicción fundamental es cada vez menos entre burgueses y proletarios para transformarse en una contradicción entre propietarios del capital financiero y la población en general. Esto explica porqué las organizaciones que lideran las luchas actuales no son

precisamente las sindicales, aunque estas sigan siendo importantes, sino otros tipos de organizaciones como las de minorías raciales o sexuales, las mujeres, las ONG, etc.

A la propuesta de la convivencia de las formas económicas distintas y sus propias racionalidades, se opone por supuesto la lógica histórica hegeliano-marxista, según la cual el desarrollo es una marcha incesante hacia lo superior y superior significa, según Marx, con mayor productividad del trabajo. Según esta lógica, las formas más avanzadas reemplazan inexorablemente a las más atrasadas, donde estas son destruidas y reemplazadas por aquellas. El orden lógico e histórico sería de la producción natural a la mercantil, de la mercantil a la capitalista, de la capitalista a la comunista; se trata, además, de una simple lógica de la producción, de la economía por la economía. Todo indica que la historia real no es tan lineal como la mencionada lógica lo supone. Sería bueno tener oído atento también a otras maneras de leer la historia.

A cambio de la lógica naturalmente ascendente, hacia formas superiores de producción, yo estoy pensando en la posibilidad de que las comunidades construyan consensos para construir su futuro. Se trata de una especie de contrato social, en el cual los grupos sociales con diferentes intereses se comprometen en un consenso para la construcción de un futuro conjunto a tenor de su voluntad colectiva. Un modelo como el propuesto implica, a su vez, la existencia de un Estado que represente los intereses de todos los sectores y garantice la democracia integral. La convivencia de diferentes racionalidades supone el establecimiento de

relaciones entre desiguales, de ahí la necesidad del contrato social que, a través de un Estado democrático, garantice los derechos de cada uno de los sectores.

Al hablar de democracia, de nuevo acudimos a Antonio García, quien hablaba de una democracia orgánica, entendida en los siguientes términos:

La democracia orgánica es un sistema de órganos y de relaciones: un sistema de representación total, a través de órganos responsables y por intermedio de mandatarios responsables; una economía sujeta a planificación, socializada en sus sectores vitales y con fines de servicio y bienestar; un Estado que encarna la unidad del pueblo y que es órgano de regulación y de servicio; un régimen de responsabilidades que ordena la vida política y protege el ejercicio de la libertad. La democracia orgánica es el modo de realización de la democracia como todo: en ella están integrados ... los diversos medios y los diversos fines⁸.

En García solo aparecen los sectores populares, puesto que él pensaba en el socialismo tradicional; García no estaba pensando en la convivencia de racionalidades, sino en la eliminación de la racionalidad capitalista. La anterior propuesta trasladada a las condiciones del modelo de convivencia de diferentes formas económicas, se convertiría en un Estado en el que estén representadas todas las formas de producción y que, en consecuencia, legisle en favor de todas ellas. Es necesario, para

ello, que la democracia sea integral, que garantice la libertad realizable en todos los aspectos, no solo el político.

Lo que yo vengo planteando, supone que el proyecto humano no debe ser subsumido por ningún otro tipo de proyecto. Por encima de aquel no debe situarse ni la defensa de la propiedad privada capitalista en sí misma, principio liberal por excelencia, ni el simple desarrollo de las fuerzas productivas, principio del marxismo. El verdadero proyecto humano debe ser, en última instancia, el mejoramiento permanente de la calidad de vida para la mayor parte de los asociados. No se piensa, tampoco, en una sociedad, en la cual las contradicciones no tengan lugar, sino con una administración de las contradicciones por métodos no violentos, a diferencia de los utilizados en la actualidad.

Mi propuesta de desarrollo es, por supuesto, utópica pero no en el sentido tradicional, sino en el que Botero Uribe da a este término, la utopía como una racionalidad alternativa.

Mantengo la esperanza de que la marcha actual hacia el empobrecimiento de la razón y la sensibilidad humanas, del estímulo de la creatividad solo para la eficiencia y de destrucción de la vida en amplios sectores de la población sea pasajera, aunque prolongada. Cuando esta pesadilla se agote y puedan tener lugar los sueños verdaderos, entonces las propuestas utópicas serán necesarias. En ese momento, aspiro a que mi propuesta de desarrollo pueda situarse al lado de otras muchas.

-
- ¹ BOTERO URIBE, Darío. *La voluntad de poder de Nietzsche*, ECOE Ediciones, Bogotá, 1995, p. 90
- ² MARX, Carlos. *Elementos Fundamentales para la crítica de la Economía Política*, Siglo veintiuno, México D.F. 1978, tomo1, p. 191-192.
- ³ Idem. p. 191
- ⁴ Cfr. SABOGAL TAMAYO, Julián. *Historia del Pensamiento Económico Colombiano*, capítulo I, Plaza & Janés, Bogotá, 1995.
- ⁵ GONZALEZ, Florentino. *Escritos políticos, jurídicos y económicos*, en BIBLIOTECA BASICA COLOMBIANA, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1981, tomo 48, 606
- ⁶ GARCÍA, Antonio. *La crisis de la Universidad*, Plaza & Janés, Bogotá, 1985, p.50
- ⁷ MARX, Carlos. *Elementos Fundamentales...*, tomo1, p. 186
- ⁸ GARCÍA, Antonio. *La democracia en la teoría y en la práctica*, Editorial ARGRA, Bogotá, 1957, p. 243